

## Lo malo de lo bueno

Por GONZALO GALLO GONZÁLEZ

Los cazadores suelen atrapar a los animales con trampas y cebos en los que el mal tiene cara de bien, y los enamorados sinvergüenzas hacen lo mismo y les pintan pajaritos en el aire a los amantes incautos. Por confundir el amor con la alcahuetería hay padres y parientes que retrasan por años la rehabilitación de un adicto que requiere firmeza y exigencia para salir. En fin, la cruel verdad es que, por llamar bondad a la bobada y amor a la ingenuidad, corren ríos de lágrimas en el mundo, sigue imperando la injusticia y los malos se burlan de los buenos (léase: candorosos). En el campo afectivo abundan las relaciones entre un ingenuo y una viva, o un vivo y una ingenua, analizadas con seriedad y agudeza por la psicoterapeuta Robin Norwood en Mujeres que aman demasiado, un clásico sobre este tema, y por la excelente terapeuta Chiquinquirá Blandón en su obra No más infamias en nombre del amor.

Lo malo de lo bueno es que, en una cultura masoquista, millones de colombianos creen que ser bondadoso es ser pendejo y que ser un buen cristiano es tolerar injusticias y conjugar a diario estos verbos: callar, soportar, resignarse, aguantar, ceder, conciliar y tolerar. Nunca se nos dijo lo que afirmaba con vehemencia Martin Luther King a sus hermanos negros: "Con nuestra pasividad y nuestro aguante hemos sido cómplices de la injusticia". Antes bien, se nos ha predicado que hay que poner la otra mejilla como Jesús y llevar la cruz con paciencia y amor. Olvidan quienes así piensan que Jesús no puso la otra mejilla cuando un criado lo golpeó y que, sin dejar de ser bueno, sacó con ira y a latigazos a los vendedores del templo y trató de hipócritas, sepulcros blanqueados y lobos con piel de oveja a los poderosos de su época.

Es bueno ser tolerantes y conciliadores, pero nunca hay que convertirse en cojín para que se nos recuesten encima. Millones de personas, sin carácter y sin firmeza, necesitan con urgencia en esta patria boba un curso acelerado para aprender a decir NO, para hacerse respetar, para defender sus derechos y para aprender a ser buenos con inteligencia y sagacidad. Aún no hemos entendido que la agresividad, como bien lo estudió el famoso etólogo Konrad Lorenz, es una energía positiva y necesaria para sobrevivir. No, aquí la cruel paradoja es que somos violentos porque no sabemos ser agresivos.

Por practicar una bondad gelatinosa, acaramelada, tonta y aguantadora, los buenos terminan siendo los mejores compinches de los malos, quienes viven felices hablando de tolerancia, paciencia, diálogo y optimismo, mientras matan, roban, abusan y maltratan. El día que aprendamos a protestar sin violencia, a saber exigir, a hacernos respetar y a ser amorosamente agresivos, entonces sí podremos entender que la bondad también es firmeza y coraje. ¡Pobre país con tanto bueno apendejado!